

DANILO KIŠ

SALMO 44

TRADUCCIÓN DEL SERBIO
DE LUISA FERNANDA GARRIDO
Y TIHOMIR PIŠTELEK

BARCELONA 2014



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Psalam 44*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.
Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© Estate of Danilo Kiš
© de la traducción, 2014 by Luisa Fernanda Garrido Ramos
y Tihomir Pištelek
© de esta edición, 2014 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.U.

Esta traducción ha recibido una ayuda del Ministerio de Cultura,
Medios y Sociedad de la información de la República de Serbia



Republika Srbija
Ministarstvo kulture, informisanje
i informacionog društva

ISBN: 978-84-16011-29-2

DEPÓSITO LEGAL: B. 22 583-2014

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *noviembre de 2014*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

I

Hacía ya varios días que se murmuraba que iban a intentar fugarse antes de la evacuación del campo. Sobre todo desde que se oyó por primera vez en la lejanía el estampido de los cañones (y habían pasado ya cinco o seis noches de ello). No obstante, el asunto se había acallado un poco—al menos eso le parece a ella—desde que mataron en la alambrada a aquellas tres mujeres de su cuarto entre las que se encontraba Erzsika Kohn.

Por eso ahora sólo podía escuchar los cañones y esperar que sucediera algo. Se sentía igual de capaz de emprender una acción (cualquier cosa, si al menos supiera qué, como por ejemplo lo de las bombillas que la noche anterior habían sacudido con una vara como si fueran las peras de su jardín bajo la pérgola, lo cual había podido hacer gracias a Žana, que la guió, porque a ella sola nunca se le habría ocurrido destrozarse bombillas sin considerarlo más que un riesgo inútil y un suicidio), igual de capaz que pudiera sentirse Polia, que yacía en pleno delirio en la paja a su lado. No le quedaba más remedio que esperar a que Žana le dijera *ahorra* (igual que hasta ese momento decía «todavía no» o ni siquiera eso, sino sólo «ya veremos» o «ya nos las apañaremos») para coger al niño en brazos como si fuera un hatillo repleto de objetos de valor, que hay que sacar sin que se note por la puerta de atrás, ante las mismas narices de los agentes que saben que esos valiosos objetos robados van a salir y, con toda probabilidad, por esa puerta. Y ella, en el preciso instante en que Žana le diga que es la hora, tomará el hatillo camuflado y de aspecto deliberadamente mísero, y se

encaminará con él a través del cordón de agentes y policías, tratando con desesperación de pasar inadvertida, actuando punto por punto tal como le han indicado y ordenado, consciente de que está ligada a esta orden, porque, en el momento (si ocurre algo que no está previsto de antemano) en que alguien se le acerque por la espalda (por ejemplo) y con una palmada en el hombro le pida que muestre su hatillo, ella sólo podrá tapan con su cuerpo el valioso envoltorio con el niño, la única defensa que en ese instante se le ocurrirá. Tal vez confiaba, íntima e insensatamente, en que podría esperar que en esos segundos la tierra se abriera bajo sus pies y que de pronto se hallara en un palacio oscuro, donde se le presentaría el mismo *Deus ex Machina* en persona, es decir, Maks. Porque Maks, invisible y omnipresente, aparecerá e intervendrá en todo el asunto, pues desde el principio tiene claro que está implicado en la fuga. En realidad, desde el momento (y eso fue hace tres noches) en que Žana trajo la esperanza oculta en los ojos y en un susurro dijo «no está todo perdido». Y sucedió de la siguiente manera. Polia llevaba ya tres días postrada delirando a causa de la malaria y se preveía que no tardarían en venir a buscarla; era incomprendible que no se la hubieran llevado ya la primera noche, cuando volvió enferma y desfallecida. Quizá tenían cierta consideración con ella (con Polia) porque hacía tiempo que tocaba el violonchelo en la Orquesta Negra en la misma entrada de la cámara de gas, aunque lo más probable era que, debido al rápido avance de los aliados y al estruendo de los cañones cada vez más cerca, el comando del campo hubiera tenido que aplazar las ejecuciones.

Esa noche Žana volvió más tarde. Era una noche de noviembre húmeda, gélida, y el oscuro viento traía los sonidos de la Orquesta Negra que, cansada y desafinando, tocaba la *Heroica* de Beethoven y la canción del campo *La chica que*

adoro. Polia seguía delirando ininteligiblemente. En ruso. Agonizando. No se podía encender la luz y ella, a tientas, llegó hasta su catre (el estertor de Polia la orientaba). Tenía miedo de que Polia, a pesar de todo, la oyera. Liberó al niño de la paja y los trapos en los que dormía: era un pequeño muñeco de cera. No debía acercarse a Polia. Temía por la criatura. Y por sí misma, su madre.

Oyó los pasos de Žana: eso la libró de seguir pensando en Polia. Y entonces, de repente, le pasó por la cabeza con una seguridad asombrosa que algo había sucedido: Žana había tardado tanto por alguna razón. Un mensaje de Jakob. O de Maks. (Este Maks probablemente estaba preparando algo. Presente pero invisible). Sin embargo, Žana no dijo nada. Sólo se oyó su paso ligero y conspirador. (Eso le pareció muy extraño: Žana todavía no se había quitado las pesadas botas). Luego el crujido de la paja, el golpe sordo de las botas tiradas, el ruido oxidado de la lata con agua y de nuevo el crujido de la paja, ahora en dirección a Polia, y después el tenue castañeteo de los dientes de Polia contra la lata. Ella también quiso hacerse notar, decir algo de Polia, no sólo expresar su duda de que no podría ir con ellos, sino manifestar finalmente lo que ambas sabían desde el día en que Polia había vuelto enferma y que flotaba entre las dos implícito pero cierto: *Polia iba a morir*. Pero Žana la dispensó de hacerlo y ella oyó su susurro como si fuera el mismo pensamiento que acababa de tener, pero pronunciado por otra voz:

—*Elle va mourir à l'aube!*—dijo Žana.

Ella se limitó a suspirar en lugar de responder. Sintió que se le hacía un nudo en la garganta. Como si sólo ahora, después de que Žana lo dijera, fuera consciente de lo que sabía ya desde el primer día que Polia volvió enferma: se iba a morir. De nuevo tuvo que oír más el delirio babilónico de Polia que el canto lejano de los cañones. Por eso

quería empezar una conversación con Žana, para que ésta le hablara de los cañones, de Jakob, de la fuga, de cualquier cosa con tal de que la liberara de las pesadillas, del estertor de Polia y de pensar que al final no sucedería nada ni ahora ni luego, ni al cabo de dos días ni de doscientos veintidós, igual que nada había sucedido hasta el momento; ni fuga, ni Jakob, ni Maks, ni siquiera cañones, no iba a suceder nada; sólo lo que estaba sucediendo con Polia: se apagaría despacio, chisporroteando igual que se consume una vela.

El rayo de luz rítmico del reflector entra por una rendija cortando de nuevo, como una uña, la oscuridad del barracón, y en un instante vislumbra a Žana que se coloca entre el rayo de luz y la pared, se adentra en una suerte de resplandor, y luego se pierde en las tinieblas. Desde allí, desde esa oscuridad resplandeciente por un momento, oye su voz, un susurro que, como una estrecha cinta de luz, hien- de el silencio:

—Jan, ¿cómo está Jan?

—Se ha dormido—le contesta—. Duerme—pero no es eso lo que pensaba oír, esperaba otra cosa, algo muy diferente de la pregunta *Jan, ¿cómo está Jan?*, e incluso estaba segura de que Žana tenía todavía algo que añadir, e incluso le parece que, cuando Žana hablaba en susurros, y antes, cuando sólo había pensado en hacer una observación (tiene la sensación de que sabía exactamente cuándo iba a hablar Žana y a cortar el silencio), iba a decir algo completamente diferente, algo que (a pesar de todo) estaba relacionado con la pregunta; incluso de pronto le parece (y lo ha sentido más bien por el latido de su pulso, no porque sea consciente de ello) que la pregunta *Jan, ¿cómo está Jan?*, no es muy distinta de lo que Žana tenía que decir. Por eso, sin saber cómo podía dar a su susurro un significado que

se diferenciara al menos por un matiz, como si quisiera explicar que daba por hecho que Žana todavía debía añadir algo y que su propia respuesta no era más que el preámbulo, un anuncio, dijo:

—Le he lavado los pañales. Ahora los estoy secando. Me los he enrollado bajo la ropa y a él lo tengo sobre mí, acostado, aquí—como si Žana pudiera ver el suave movimiento con el que quiere decir: encima, sobre el pecho—. Por eso no he podido ocuparme de Polia—pero enseguida se arrepiente, no porque no sea verdad, sino porque tiene la impresión de que ha interrumpido el hilo y ha desviado la atención de los pensamientos de Žana de la idea principal; o, al menos, de que ha aplazado un poco lo que Žana tenía que decir.

—Pobre Polia—dice Žana; pero de igual modo (o eso le parece) podría haber sido «Pobre Marija» o «Pobre Jan»; y se queda completamente absorta en este pensamiento: si habría dado lo mismo que Žana dijera «Pobre Jan» o «Pobre Marija», porque si diera lo mismo, significa que no ha sucedido ni sucede nada; *así que Polia no irá con nosotros*, piensa como si lo hiciera por primera vez y como si por primera vez comprendiera la gravedad de todo el asunto, aunque se limita a afirmar:

—No ha recuperado la conciencia en todo el día—a lo que Žana contesta:

—Mejor para ella... ¿Comprendes? —Otra vez su pensamiento en el negro cristal de tres palabras; y enseguida—: Me gustaría que ocurriera cuanto antes. ¿Entiendes? Cuanto antes.

Por fin se ha dicho algo que ha anudado el hilo interrumpido, y ella siente que eso vuelve a tener un significado, algo diferente y algo más que la amarga verdad lisa y llana de *Polia morirá* o *Polia no podrá ir con nosotros*, también significa *Nosotros nos iremos* o al menos *Nosotros lo intentaremos*.

Y de repente se rebela en su interior contra el nacimiento lento de una verdad ya evidente y le parece un poco hipócrita que ninguna de las dos se reconozca *a sí misma* que se han resignado con esta verdad—que van a intentar la fuga sin Polia—y que ya se ha acordado y decidido, no por su voluntad o aceptación, sino que de manera simple, terriblemente simple, *se ha acordado*, y que no les queda otra posibilidad que resignarse (o no, da igual) con este hecho.

—Ella no podrá ir con nosotros—dijo, tratando, sin ser consciente de ello, de resumir todo lo que la apesadumbra en esa frase que pronuncia en un suspiro como quien se toma de un trago una medicina amarga o un veneno. Pero lo dijo para ayudar a Žana a decir de una vez lo que tenía que decir o a hacer lo que se proponía o lo que estaba planeando hacer; sin embargo, Žana miraba insistente a través de la rendija en la tabla, hasta que, como un eco de sus palabras levemente cambiado, expuso:

—Por eso me gustaría que sucediera cuanto antes. ¿Comprendes? Será más fácil—. Entonces ella quiso descargar su conciencia de esas acusaciones que acumulaba sobre sí y ahora también sobre Žana y pensó: *Quizá Žana está planeando algo y quizá aún no ha sucedido nada*, y sólo se lo está imaginando porque desearía que fuera así y que sucediera algo, pues sabe que ya no puede esperar más: los cañones abaten lentamente el parapeto de hormigón armado de la espera pasiva y de la resignación con el destino. Y a la postre, sólo para oír la voz de Žana y para serenarse, porque sabía que no podría dormir esa noche, al menos todavía no, si Žana no le contaba lo que planeaba, dijo:

—Trataré de dormir—y luego, como si con ello fuera a acelerar la respuesta y por fin esa decisión en la que Žana está pensando, y, al margen de que a ella (Marija) le pareciera que en ese momento no es posible planear nada ni ha-

cer otra cosa que la que hicieron las tres mujeres, entre las que se encontraba también la pequeña Erzsika Kohn, que unas noches atrás se abalanzaron contra la alambrada y cayeron acribilladas para olvidarlo todo, porque la muerte es eso, piensa, *Olvidarlo todo*, como si con esto se llamara a la mano o al menos a la hermana de la muerte que ahora le cierra los ojos a ella, cansada preguntó—: ¿qué hora será?—y con esa pregunta se genera una resistencia en su conciencia, como consecuencia de un turbio sentimiento de ligazón entre olvido-muerte-sueño-y-tiempo y su conciencia, la cual, en esta causalidad y en esta jerarquía, tiene que ser la primera, mano a mano con el tiempo.

—No lo sé—contesta Žana—. Pero entonces, como si también en ella se hubiera despertado la resistencia, y como si sacara un arma olvidada, dice—: Creo que son un poco más de las once. No mucho más—En ese momento saltó como un flotador a la superficie lo que hasta ahora llenaba la oscuridad y, de golpe, con dos o tres palabras proferidas en susurros, cristalizó y se condensó en el espacio—: *Esta noche lo intentaremos.*

Y antes de que pudiera pensar, asustarse o alegrarse, gritar o exclamar, o todo a la vez en el infierno de confusión mental y caos orgánico, en la intensa circulación de la sangre que empieza a correr por su cuerpo como una ardiente ola interior que deposita en la costa del cuerpo restos de pensamientos destrozados y caóticos (el fulgor de innumerables asociaciones que se penetran mutuamente y se aniquilan) y secretos de todas las glándulas y ovarios, antes de que lograra comprender que en el arrebató intenso de todo eso ella tiembla al límite del desfallecimiento, Žana añade lo que ya no hacía falta que dijera:

—No quería decírtelo enseguida. Esperaba que durmieras un poco. Tienes que estar descansada.